

PARONOMASTICA HEBREA

Una nueva ciencia auxiliar del lenguaje

EN números anteriores de esta MISCELÁNEA DE ESTUDIOS ARABES Y HEBRAICOS nos hemos ocupado, con la debida atención, de algunos aspectos de los hebraismos, y señaladamente en el volumen anteúltimo dejábamos bien sentados los principios inflexibles que deben presidir la formulación de la etimología hebraica —o de cualquier otro origen lingüístico— de un vocablo considerado como de evidente o presunto parentesco hebreo. Censurábamos los lamentables abusos perpetrados en este vidrioso terreno por algunos apasionados hebraistas de allende y aquende el Pirineo el pasado siglo, los cuales pretendían ver por todos partes, en el vasto complejo del idioma francés, castellano o catalán, palabras de origen hebraico, sin más razones, al parecer, al menos en muchos casos, que cierta similitud fonética, que podríamos denominar “etimologías de sonsonete”. En época posterior, e incluso hoy día, otros escritores se han internado asimismo temerariamente por esa vía muerta, contraviniendo las rígidas normas de la en ciertos aspectos seductora ciencia etimológica.

En el presente estudio, sin desdecernos un ápice de nuestras anteriores afirmaciones, quisiéramos enfocar la caleidoscópica visión del fondo semántico y polifacéticas sugerencias que ate-

soran las palabras, el mejor espejo del alma y la vida humana, desde otro punto de vista, con un criterio de generosa comprensión hacia esas actitudes, que, por proceder indiscutiblemente de un entrañable amor a la expresión lingüística y sus indudables arcanos, sobre todo en la “lengua santa”, a que especialmente nos referimos, no hay duda que poseen estimables valores, al lado de enfoques francamente anticientíficos y, por tanto, recusables en ese terreno. Esos son los que pretendemos resaltar, incluso elevando tales lucubraciones, purificadas de su escoria, a la categoría de verdadera ciencia auxiliar del lenguaje, que llamaremos *Paronomástica*, y puede ser como una hermana menor de la Etimología.

¿Qué es la Paronomástica?

Entiéndese por *parónimo*, *παρωνυμος* en griego, un vocablo fonéticamente parecido a otro, de la misma o de otra raíz. Este término es el tronco de donde arrancan otros varios derivados, como *paronomasia*, *παρονομασία* y *paronomástico*; su neto origen helénico demuestra palpablemente que los fenómenos lingüísticos que designan fueron bien conocidos y estudiados por los gramáticos alejandrinos. Pero advertiremos que, como ocurre en tantísimas otras cuestiones —aún diríamos es una ley en la Historia de la Ciencia—, el hecho y el uso de ese recurso, figura o modalidad lingüística ha sido familiar a los hablantes de todos los idiomas, como rasgo de ingenio educido de la inexhausta potencialidad del lenguaje, en cuyo inmenso telar trabajan en algún grado y de muy diversas maneras todos los hablantes de cada idioma.

Dando de lado la arcaica definición primera que el Diccionario de la Academia asigna a la voz “Paronomasia”¹, bastante extraña por cierto —ni siquiera figura en el Diccionario de

¹ Nótese que la forma *Paranomasia*, indebidamente incluida en el Diccionario de la Academia y empleada a veces por algunos escritores, es incorrecta y además, por su relación con *paranómēsis*, «prevaricación» (*pará* «idea de marginación, del lado de, de parte de»: *paránomos*, «ilegal, malvado, injusto»), podría dar lugar a confusión de sentido.

Autoridades— en estos términos: “Semejanza entre dos o más vocablos que no se diferencian sino por la vocal acentuada en cada uno de ellos, v. gr. *azar* y *azor*; *lago*, *lego* y *Lugo*; *jácara* y *jícara*”, noción que, así expresada, hoy nadie aceptará lisa y llanamente, admitamos la segunda, más general y más exacta: “Semejanza de distinta clase que entre sí tienen otros vocablos, como *adaptar* y *adoptar*; *acera* y *acero*; *Marte* y *mártir*”. Más clara y hasta más precisa se nos antoja la definición estampada en el mencionado Diccionario de Autoridades: “Figura retórica —*digamos hoy simplemente “lingüística”*— en que con ligera variación de alguna letra, especialmente las vocales, se da a la voz otro significado, como *masa*, *mesa*; *losa*, *lisa*; *sano*, *seno*, etc.” Y se autoriza el vocablo con dos instructivos ejemplos, de Fray Hortensio Félix Paravicino y P. Francisco Núñez de Cepeda, de que luego haremos mérito. Más breve y no por eso menos apropiada y precisa es la definición de Paronomasia como “aproximación de palabras casi semejantes por su forma, pero de distinta significación”.

En las *Etimologías* isidorianas se da simplemente una definición, exacta, de la *Paronomasia* (*Paranomasia* se consigna) en estos términos: “Cuando se expresan diversos sentidos con palabras que tienen sonidos semejantes, como, por ejemplo: *Abire an obire te convenit?* (Te conviene desaparecer o perecer?)”. (Lib. I, De Gramática, cap. 36, “De los esquemas (figuras de dicción)”.

En cuanto a la observación aneja a la 4.^a acepción registrada por el Diccionario de la Academia (“figura que se comete usando adrede en la cláusula voces de este género”): “Rara vez puede ser oportuna en estilo grave o elevado”, creemos peca de remilgado purismo, constante peligro que se cierne sobre todo académico de la Lengua, aunque muchos, afortunadamente lo soslayan. Decir que Sevilla era “puerto y puerta de las Indias”, o hablar del “luso e iluso rey Don Sebastián”, *et his similia*, no creemos sea motivo para rasgarse las vestiduras, como si se tratara de una abominación, plebeyez o atentado contra el idioma. En esto, como en todo, el buen gusto y la discreción han de ser los mentores del escritor o el orador, pero es odioso cualquier doctor Tirteafuera —*vade retro!*— que sistemáticamente

quiera cortar las alas del ingenio o reprenda con torvo ceño cualquier gracia o donaire, a los que tanto se presta la gallarda, sonora y señorial lengua castellana, la cual, como la púdica matrona romana aludida por Horacio (*Art. poét.* vv. 232-233), que no estima un deshonor alternar alguna vez, *paulum*, sin perder su dignidad y decoro, hasta con los *sátiros protervos*. Muchos ejemplos podrían aducirse, y precisamente de escritores clásicos, que están en la mente del lector, de esta eventual convivencia.

Dicha observación, que no negamos, a pesar de todo, pueda tener alguna justificación, parece un eco del segundo ejemplo aducido por el Diccionario de Autoridades, antes mencionado: "Ni es menos violador de la entereza de la predicación el que, torciendo el propio sentido de la Escritura, le violenta con equívocos y *paronomasias*, a que prueba sus fantasías". Aunque aquí parece aludirse al llamado sentido *acomodaticio* de los textos bíblicos, es interesante el matiz semántico que apunta de la paronomasia, como sentido un tanto marginal del auténtico de que se trate.

La pretensión de etimologizar sin la debida base lingüística puede parecer una parodia de la auténtica Etimología científica, y tal actitud indudablemente es reprobable, sobre todo si llega a degenerar en auténtica monomanía, como a veces ocurre. Sin embargo, lejos de todo fetichismo científico, quisiéramos indagar en esa actitud ante el sagrado tesoro de nuestra lengua —por referirnos solamente a la española—, que adoptó sistemáticamente, por ejemplo, el famoso hebraísta del pasado siglo y hombre verdaderamente genial en varios aspectos, Dr. Antonio M.^a García Blanco, y otros como él. Relacionar un vocablo español con otro hebreo entre los cuales existan notorias similitudes fonéticas y tal vez alguna de orden semántico, notorio o latente, aún cuando no tenga su origen real el uno en el otro con absoluta seguridad, o la negación sea de absoluta evidencia, puede, no obstante, ofrecer algunas perspectivas interesantes, que no sería cuerdo desaprovechar. Siempre, claro está, bajo el severo imperativo del *Ne quid nimis!*

La paronomasia en griego y en latín.

Suele admitirse como indiscutible que todas las figuras del lenguaje, gramatical, retórico, poético, de dicción (o elegancias de palabra) y de construcción o de pensamiento, tropos, metaplasmos, etc., proceden del latín o del griego, o bien de éste por intermedio de aquél, teoría francamente errónea por exagerada, puesto que muchísimas modalidades del lenguaje se dan en todas las lenguas, al menos las cultas, aún de distinta familia, como son las indoeuropeas y las semíticas. Son producto natural del espíritu humano, esencialmente idéntico en todas las latitudes del globo terráqueo, que se manifiestan, por lo tanto, en las diversas concreciones lingüísticas, que son los idiomas y dialectos. Determinadas formas de expresión, en cualquier orden que sea, coloquial o estilo literario, pueden proceder, evidentemente, por influencia directa, de tal o cual lengua o literatura, y en este aspecto reconocemos lo mucho que las lenguas románicas, y aún otras, como las germánicas, deben a la griega y la latina. Pero no podemos silenciar aquí lo que en otras ocasiones hemos proclamado, a saber: que en los poetas y escritores bíblicos de más levantado estilo se encuentran absolutamente todas las figuras y elegancias estilísticas que tanto hemos admirado en los clásicos griegos y latinos, y en los de nuestra propia lengua, e incluso algunas más.

Sin embargo, nos complacemos en reconocer que el nombre mismo de paronomasia, como queda dicho, es netamente griego, y, por lo tanto, no deja de tener esta figura un cierto predicamento helénico, al menos como formulación dentro de la teoría gramatical y retórica heredada de los famosos gramáticos alejandrinos. Con todo y en definitiva, no estará de más consignar, como lo hace L. Laurand en su *Manual de Estudios Griegos y Latinos*, III, 593: "En cuanto a las figuras de pensamiento, no hay diferencia muy sensible entre el estilo griego o latino y el castellano", afirmación que repite, respecto al latín en VI, 630.

Valores de la Paronomástica.

Formuladas las precedentes consideraciones, hora es ya de exponer los valores que creemos deben reconocerse a esta nueva ciencia auxiliar del lenguaje, rehabilitada del depresivo concepto a que ha estado sometida.

Tres son los aspectos que quisiéramos resaltar: a), *mnemotécnico*, b) *simple confrontación*, y c) *aproximación etimológica*.

a) La *Mnemotecnia*, arte o método de aumentar la memoria, o, al menos, de facilitar el recuerdo momentáneo o parcial, o también más o menos duradero, de las cosas, palabras, sucesos, personas, es un procedimiento que en el aprendizaje del vocabulario de las lenguas, tarea ineludible y a menudo angustiosa en el estudio de las mismas, puede prestar inestimables servicios, bien orientada y dirigida, máxime hoy día en que la amnesia y la *dismnesia* son un tormento de viejos y jóvenes.

La Paronomástica, basada a esos efectos, en la ley mnemotécnica fundamental de la asociación de ideas, imágenes, similitudes varias, puede brindar una magnífica ayuda, a bien poca costa, hasta el extremo que esta sola utilidad o consideración sería suficiente para conferir a la Paronomástica toda la importancia que reviste, sea cual fuere el alcance que a la susodicha conexión de vocablos pretendan darle los etimologistas empedernidos a los que censuramos. Aun cuando ellos apunten a otros blancos, el provecho que pueden reportar es innegable y por ende digno de agradecimiento, aun cuando el competente lingüista se ponga en guardia respecto a la última meta etimológica del vocablo en cuestión.

Una observación queremos hacer, a este respecto, y algunas oportunas salvedades. Seguros estamos que ni el mismo Dr. D. Antonio M.^a García Blanco, o el abate Latouche y cuantos han seguido sus huellas o han adolecido de semejante manía etimologizante, estarían convencidos en muchísimos casos de que real y verdaderamente las etimologías hebreas que ellos proponían o colacionaban, tenían base o fundamento lingüístico suficiente para admitirlas lisa y llanamente. Es muy posible que en no pocos casos buscaran sencillamente una

aproximación más bien fonética que semántica, quizá hasta con los fines mnemotécnicos a que nos estamos refiriendo, con vistas al aprendizaje del vocabulario hebreo. En tal caso serían del tipo de las etimologías escolásticas y aún podríamos agregar isidorianas. Así, por ejemplo, relacionar “Colección” —aún sería más expresivo “Colector”— con *Qohélet* (título hebreo del *Eclesiastés*), como hace el famoso hebraísta español, de cuyos grandes conocimientos en el campo de su especialidad nadie puede dudar, pudiera ser no más que proponer una *paronomasia*, o, en definitiva, un recurso mnemotécnico. El mismo polígrafo, pues lo fue en alto grado, deja caer de pasada la “etimología” de *alumno*, como “*a-lumno*”, es decir *sine lumine* (con el prefijo *a-* privativo, y la coincidencia de las tres consonantes).

¿Vamos a creer, análogamente, y nos repugna todavía más, que un San Isidoro, hombre de extraordinario talento y meritísimo escritor, de vastísima cultura, aceptaba a pie juntillas, como “ortodoxas”, etimologías de este calibre: *Séneca* —nombre de familia que llevó toda su vida el célebre filósofo y preceptor de Nerón—: *se necans*, “el que se mata a si mismo”, circunstancia que marca el final de su vida, por secreto imperativo del tirano, como ocurrió a otros muchos? “*Mercurio*, como *medius currens*, porque la conversación corre en medio de los hombres”. Era el dios de la elocuencia (y del comercio y de los ladrones). “*Vesta*, llamada así porque está *vestida* de hierbas”. “*Orión*: esta constelación brilla cerca de Tauro, y se llama Orión, de *Urina*, esto es inundación de las aguas, porque sale en invierno y con sus tempestades y aguas conturba el mar y la tierra”. “*Amicus* (amigo) se dice por derivación, como si dijera *animi custos* (custodio del alma)”. Y así a centenares.

Por idénticos procedimientos, “de consonete”, indagando y educiendo alguna particularidad o cualidad, los escolásticos medievales formulaban definiciones etimológicas del tenor siguiente: *mentiri, quasi contra mentem ire*.

Convendremos en que todas estas etimologías son pura y simplemente paronomasias, y así consideradas, es justo reconocer en ellas un valor mnemotécnico de estimable valía, puesto que nos recuerdan algún aspecto o circunstancia del perso-

naje, concepto o cosa, que, si no les dieron el nombre, al menos lo ponen de manifiesto, en lo cual coinciden, en cierto modo, con las etimologías verdaderas. No olvidemos, por otra parte, la inseguridad y constante mutabilidad de las etimologías, sometidas con frecuencia a revisión ².

b) Como segundo de los aspectos que hemos señalado como posibles resortes que avaloran la Paronomástica está la *confrontación*, en que resalta el parecido o similitud estructural, como si se tratara de una especie de lejano parentesco, un aire de familia, entre unos y otros vocablos. Es, sencillamente, efectuar una aproximación de términos que en principio, aún perteneciendo a lenguas muy distintas y muy distantes entre sí, parece como si nada tuvieran de común, y, no obstante, aparte de especiales relaciones que ocasionalmente puedan existir entre dos vocablos dados de una y otra, al menos la semejanza de sonido ya establece entre ellas alguna forma de conexión. Diríamos que casi van al unísono.

Aclaremos. Confrontar significa, en primer lugar, "carear una persona con otra", es decir, "poner a una o varias personas en presencia de otra u otras, con objeto de apurar la verdad de dichos o hechos", acepción que en cierto modo puede aplicarse o acomodarse también a dos o más palabras, en cuanto entidades lingüísticas vivas, que tuvieron su génesis y tienen vida, historia, acción e intervención en el organismo general de una lengua. En segundo lugar, confrontar es "co-tejar una cosa con otra, y especialmente escritos", aspecto que se cumple de lleno al aproximar dos palabras independientes de la misma lengua o de dos distintas, enfrentándolas entre sí para mejor penetrar en su esencia, observar sus irradiaciones semánticas y secretas conexiones que las ligan.

De este enfrentamiento, con posibles refracciones y reflejos, pueden surgir muchas y hasta inesperadas relaciones en-

² El autor de este trabajo posee un ejemplar del *Lexicon hebraicum et chaldaebiblicum... digessit... Fr. Iosephus Montaldi, O.O., 4 tomos, Roma, 1789*, poco conocido, pero bien documentado, en cuyos márgenes se leen muchas palabras latinas y castellanas manuscritas, como posibles derivaciones etimológicas de las hebreas que figuran al lado. Son tantas que hasta quizá dieran materia para una especie de vocabulario hebreo-latino-castellano, enfocado en el sentido mnemotécnico que indicamos.

teriosa semántica de las palabras puede inducir hasta buscar interpretaciones de carácter místico, en la más alta acepción del vocablo, no muy alejadas de la orientación cabalística.

Notemos asimismo que a menudo esas paronomasias no son otra cosa, ni pretenden ser, sino un simple “juego de palabras”, un calambur (término francés ya admitido en español), fundado en una semejanza de sonidos unida a un equívoco de sentido, v. gr. los conocidos versos de Villamediana: “*diamantes* que fueron antes de amantes de su mujer”. Así, dentro de esta línea interpretativa, en el *Dictionnaire Etymologique de la langue latine*, de Ernout-Meillet, a propósito de la etimología de *Virago*, fem. “mujer fuerte o valerosa como un hombre”, leemos “l’explication par ‘*quae virum agit*’ n’est qu’ un calembour”.

Añadiremos a continuación una referencia curiosa. En un librito, que bien se puede considerar como extremadamente raro, del que poseo un ejemplar, titulado *Le jardin des racines grecques* (Paris, 1665, ed. de 1741), su autor “anónimo” dice en el *Préface*: “II y a encore un autre moyen de monter à la connaissance d’une langue étrangère, qui est par le rapport qu’elle a avec celle qui nous est naturelle et connue: j’ai ajouté ici un *Recueil* de la plupart des mots de notre langue qui ont quelque rapport avec les grecs, ou comme à leur origine, ou par quelque *allusion* et *ressemblance*. Et je me suis servi en ce dessein de...” (y cita a continuación nada menos que diecisiete autores, empezando por Budé, y terminando por Monsieur Mesnage, *Origines Françaises*, “qui vaut lui seul une multitude d’auteurs”). Y en el párrafo siguiente agrega: “Mon dessein n’est pas de traiter ici des Etymologies de la langue française, mais de faire comme un jeu de ces mots, qui puisse servir à en faire retenir d’autres”

Nos place en extremo esta coincidencia tan estimable con nuestro punto de vista en una obra tan anterior (dos siglos y tercio), realizada con finalidad meramente didáctica, aspecto que nadie dudará es de capital importancia en el estudio y cultivo de las lenguas extranjeras, sean vivas o las llamadas muertas, que a veces, tal es el caso sorprendente del Hebreo, resucitan como el fénix de entre sus cenizas, esta vez milenarias.

c) En tercer lugar hay que reconocer honradamente que existen muchos problemas en el campo de la Etimología y son muchos los vocablos cuyo origen etimológico escapa a la sagacidad y ciencia de los filólogos. Es un terreno muy movedizo e ilusorio, en el que de continuo se están realizando nuevos trasplantes; por lo tanto, en no pocos de esos casos de “aproximación etimológica” —llamémosla así— pudiera existir algún fundamento o remota posibilidad de entronque en una misma raíz.

La comunidad de origen lingüístico y fraternidad morfológica y léxica de numerosas lenguas durante muchos siglos reputadas como absolutamente extrañas entre sí está hoy fuera de duda, p. e. las que integran la grande y compleja familia indo-europea. La prístina comunidad del grupo camito-semítico también está ya generalmente admitida. En cuanto a la posible unidad de origen entre éstas y aquéllas, como juiciosamente afirmó A. Meillet, en el actual estado de nuestros conocimientos ni se puede admitir rotundamente ni tampoco negar su originario parentesco. Existen indudablemente muchas similitudes y coincidencias sugestivas que persuaden la afirmativa y no pocas voces que presentan rasgos de parentesco. Por ejemplo, la bilabial sorda o sonora, *p-b*, de las palabras *padre*, lat. *pater*, gr. πατήρ, heb. 'ab (pansemitica), o la bilabial nasal *m*, de madre, lat. *mater*, gr. μήτηρ, heb. 'em (pans. *um*, *im*), parecen revelar un origen común. Y a ese tenor, centenares de voces. Por consiguiente, ensamblar o aproximar vocablos de este tipo u otros parecidos es indudablemente conectar palabras que en el fondo se reconocen como allegadas. El hecho de que la etimología latina de una palabra española determinada esté fuera de duda, v. gr. *él*, de *ille*, no impide relacionarla también con el adjetivo demostrativo hebreo 'elleⁿ (pl., estos, esos, aquellos, ellos).

Tenemos, pues, tres apreciables razones —otras más podrían señalarse— que abonan o al menos disculpan esa tendencia al acercamiento de unas palabras españolas a otras hebreas o de cualquier otra lengua de que se trate, con pretensiones de asimilación o de insinuación de un posible parentesco: *mnemotecnia*, *confrontación*, posible o remota *aproxima-*

ción etimológica, que, a nuestro juicio, confieren innegable valor a esa actitud, que, repetimos, no sería acertado incluir en los dominios de la *Etimología* —aun cuando sus adeptos lo pretendan—, pero que no dejan de presentar un enfoque interesante y valioso para el estudio multiforme y complejo de las palabras. Esa proyección mental es la que proponemos se valore de algún modo, en vez de rechazarla de plano o incluso ridiculizarla, y se llame *Paronomástica*.

No se trata, por otra parte, de ninguna novedad: es una tendencia antiquísima a relacionar entre sí palabras que “parecen tener” alguna conexión, sin parar mientes en que sea o no genuina tal etimología. Más aún, se advierte en épocas milenariamente anteriores a la etimología estructurada como ciencia lingüística. Modernamente se las ha llamado “etimologías populares”, negándoles auténtica valoración científica; pero en realidad algún valor encierran, puesto que establecen o señalan nexos, crean sugerencias, iluminan el fondo opaco de las palabras, en las que siempre hay tendencia a buscar un sentido que trascienda el mero carácter convencional de signos.

Cierta curiosa preocupación semántica y aun etimológica, que no ha pasado inadvertida a los lingüistas, aun sin ser hebraístas o escriturarios, se observa ya en los primeros capítulos del Génesis, y en diversos otros lugares de la Biblia. El primer hombre “impone nombre a todas las bestias, aves del cielo y animales salvajes” (Gn 1¹⁹⁻²⁰), el más adecuado, como se deduce del propio texto bíblico (v. 19: “para que viera cómo los llamaría, y fuese el nombre de todos los vivientes el que él les diera”). Como anotan los eximios traductores N.-C., “la imposición de los nombres arguye en Adán ciencia y dominio sobre los animales”. Poco después, al verse Adán frente a frente de la primera mujer, la que será su compañera, su “cara mitad”, dirá: “Esta se llamará *varona*, porque del varón ha sido tomada”, señalando una clara derivación nominal, de conformidad con la naturaleza.

Eva, al dar a luz a su primogénito e imponerle nombre, dice como explicación de éste: “He conseguido (heb. *qānīti*: cfr. Caín) de Yavé un varón”, e igualmente al aclumbrar a su tercer hijo, Set: “Me dio (*šit* o *šūt* — poner, dar) Yavé otro des-

endiente por Abel, a quien mató Caín". Como puede observarse, hay evidente preocupación en el hagiógrafo por la significación etimológica de estos antropónimos. Podríamos concluir, en consecuencia, si se nos permite un poco de eutrapelia, que Adán fue el inventor de la Semántica, y Eva, de la Etimología... Por lo que a ésta se refiere —y podrían multiplicarse los ejemplos bíblicos—, los casos citados son pura y simplemente paronomasias o etimologías, que revelan, como hemos indicado, plausible afán de inquirir en los nombres propios, de mayor prestancia sin duda, que los comunes, su oculta significación o razón de ser, a través de la corteza fonética. Fr. Luis de León al principio de su inmortal libro *Los nombres de Cristo* desarrolla con gran profundidad diversos aspectos fundamentales de los nombres en general, con referencia al pasaje bíblico primeramente citado.

CONCLUSIONES

Del breve ensayo precedente se deduce:

1.^a Evidentemente ha habido etimologistas —mejor diríamos quizá *seudoetimologistas*—, unos improvisados o de ocasión, y otros casi por una especie de obsesión, y los hay, que seducidos por el señuelo de una coincidencia, tantas veces puramente fortuita, de fonemas, han pretendido, sin más control o compulsión lingüística, deducir el origen etimológico de tal o cual vocablo de una lengua, engarzándolo con similares o con raíces de otras.

2.^a Sin embargo, en lugar de menospreciar olímpicamente —actitud impropia de la verdadera Ciencia y bastante frecuente en la seudociencia— esa tendencia o actitud, que en el fondo procede muchas veces de una preocupación por buscar el alma de las palabras a través de su envoltura fonética, puede ser interesante y útil descubrir y recoger los valores positivos que semejante postura encierra.

3. No sería apropiado considerar tales lucubraciones como Etimología, ni incluirlas lisa y llanamente en sus dominios, sino más bien *paronomasias*, razón por la cual proponemos se

llame a esta ciencia *Paronomástica*, con lo cual quedan a salvo el honor de la Etimología y la Semántica, y de paso también el respeto y deferencia debidos a esos denodados investigadores de los arcanos de las lenguas.

4.^a Los valores innegables, cualquiera que sea la categoría que se les otorgue, que han de reconocerse a ese enfrentamiento o conexión de vocablos, se pueden reducir a tres: *mnemotécnico, confrontativo y pre-etimológico*.

5.^a El valor mnemotécnico que la Paronomástica entraña es importante y puede llegar a ser de gran alcance, utilísimo sobre todo en el aprendizaje del vocabulario, tortura de todos los que estudian un idioma extranjero, y tarea que perdura, empezando por el propio o materno, toda la vida.

6.^a La confrontación encierra ya un principio de relación entre dos vocablos, cuyo alcance no es previsible *a priori*, pero que puede interesar desde diversos puntos de vista, fonético, semántico, estilístico, métrico, etc.

7.^a La prelación etimológica supone un paso más hacia el conocimiento, sentido genuino y origen de un determinado vocablo, que puede desembocar en auténtica etimología, o, al contrario, esclarecer ésta en una dirección totalmente distinta de la presupuesta primeramente. El conocimiento, antes de alcanzar categoría de científico, ha sido precientífico, y las nociones suelen ir precedidas de prenociones. Las mismas etapas deben reconocerse, por lo tanto, al proceso etimológico.

Hoy día que tanta importancia se atribuye al subconsciente, y con razón, podría considerarse la actitud que hemos estudiado con respecto a las palabras, como una forma de éste, en el terreno de la Lingüística, que tantas modalidades presenta. Al menos, nadie negará un valor precientífico a la Paronomástica, lo cual ya implica un mérito, que no sería prudente desaprovechar.

David Gonzalo Maeso